

Sobre la política del Partido respecto de los trabajadores intelectuales

Nota de Louis Althusser a Henri Krasucki (1965)¹

Louis Althusser

(Traducción: Marcelo Rodríguez Arriagada)

Las responsabilidades históricas del Partido en el actual período, no solo respecto de la presente coyuntura, sino respecto del porvenir próximo (renovación de la democracia) y del porvenir ulterior (paso al socialismo), hacen indispensable una elaboración rigurosa y detallada de su política frente a los trabajadores intelectuales, de sus condiciones propias de trabajo, y del objeto de su práctica intelectual.

I.- El presente y el porvenir

1/ La presente coyuntura es notable por las considerables posibilidades que ofrece al Partido en los medios de trabajadores intelectuales. Se puede afirmar que nunca en la historia del movimiento obrero de nuestro país han existido semejantes posibilidades. Incluso es insuficiente hablar en general de posibilidades: hay que emplear un lenguaje más preciso y decir que nos hallamos ante una demanda sin precedentes de parte de intelectuales cada vez más numerosos, en particular entre las nuevas generaciones y los estudiantes. Lo que es notable es que esta espera y esta demanda no conciernen solamente a las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores intelectuales, sino igualmente al objeto mismo de su práctica intelectual. En otras palabras, los trabajadores intelectuales no esperan solo del Partido y no piden solo al Partido definir con ellos una línea política de lucha para defender y mejorar las condiciones de trabajo; también esperan muy a menudo del marxismo y piden al marxismo que les ayude a responder, planteándolos con exactitud y rigor, a los problemas teóricos y metodológicos que conciernen al objeto mismo de su actividad intelectual.

¹-Louis Althusser dirigió este escrito a Henri Krasucki (1924-2003), con fecha 25 de febrero de 1965. Krasucki era entonces responsable de las relaciones con los intelectuales al buró político del Partido Comunista Francés. El texto en su original francés está en el sitio: <http://www.gabrielperi.fr/sur-la-politique-du-parti-%C3%A0-l%E2%80%99%C3%A9gard-des-travailleurs-intellectuels-par-louis-althusser.html>

En la medida de que se trata de un fenómeno de masas, por consiguiente de un fenómeno histórico, no se puede considerar que depende de causas que actúan exclusivamente en el dominio político (la oposición creciente al poder gaullista, la difusión de las ideas comunistas y marxistas). Esas causas son reales, pero este fenómeno tiene raíces más profundas, que hay que buscar en las transformaciones recientes cuyo centro son las fuerzas de la producción, las relaciones de producción, y la superestructura política (el Estado y su aparato administrativo).

- a) Desde la guerra asistimos a un desarrollo importante de las fuerzas productivas, a un desarrollo notable de la investigación científica y de sus aplicaciones técnicas: el número de investigadores científicos en el sector del Estado y en el sector privado, y el número de técnicos directamente comprometidos en la producción se ha acrecentado sensiblemente; los métodos de trabajo científico colectivo han acentuado el carácter social del trabajo intelectual.
- b) Por otra parte, las relaciones de producción han estado marcadas por un fenómeno de concentración cada vez más activo, por la aparición de nuevos métodos y de nuevas técnicas de organización y de racionalización de la producción y de organización del trabajo (conjunto de técnicas destinadas a organizar la producción, a “volcar” la lucha de clase económica en las empresas, técnicas psicosociológicas de “relaciones humanas”) y por el recurso masivo a técnicas destinadas a enfrentar la competencia en las mejores condiciones de lucha (prospección de los mercados, estudios de la coyuntura en las diferentes ramas de la producción, publicidad). El desarrollo de estas diferentes técnicas ha provocado la creación de numerosas empresas nuevas, especializadas en esas diferentes demandas (sociedades que dan consejos de organización, sociedades que practican las técnicas psicosociológicas, sociedades de estudio de las motivaciones, de prospección de mercados, sociedades de la técnica publicitaria). La aparición de estas nuevas empresas que emplean un importante personal de técnicos que corresponden a nuevas ramas de la división del trabajo es un fenómeno completamente nuevo. Su crecimiento espectacular no deja de tener relación directa e indirecta con el desarrollo considerable de la investigación teórica y técnica en el dominio de las ciencias humanas, que es uno de los mayores fenómenos de nuestro tiempo.

c) Es necesario considerar finalmente la transformación del rol del Estado, puesto directamente al servicio de la concentración monopolista: este nuevo rol ha traído aparejado un desarrollo muy importante de nuevos servicios administrativo, destinados a asegurar una “planificación indicativa” al servicio de la política de trusts: de ahí numerosos centros de investigación económica, de estudios de coyuntura, numerosos organismos estatales o paraestatales que consagran sus esfuerzos a la planificación regional, a los proyectos de redistribución en las provincias de la instalación industrial, etc. Un gran número de esos organismos trabajan igualmente en el estudio de las condiciones económicas de países ex-coloniales y en la elaboración de sus planes de desarrollo. Todos estos organismos emplean a veces investigadores, economistas, matemáticos, agrónomos, sociólogos, demógrafos, etc., y siempre a numerosos técnicos.

Sería un error considerar que su inserción en el modo de producción capitalista, a cualquier nivel que sea, condena a todos los trabajadores intelectuales que son empleados en los organismos o empresas de los que se acaba de hablar, así como los ingenieros y técnicos que forman parte de los cuadros de la industria privada, a una pura y simple alineación con las posiciones de sus empleadores. Los trabajadores intelectuales sufren muy a menudo la explotación capitalista, y ellos sacan también, a su manera, más o menos rápidamente, más o menos profundamente, pero indudablemente, las lecciones de la experiencia histórica de nuestro tiempo que hace cada día aparecer mejor la política de clase del gobierno gaullista, directamente ligado a los objetivos de los monopolios, sus “choix” económicas, militares y tecnocráticas absolutamente contrarias a los intereses de las masas laborantes. Pero estos trabajadores intelectuales, estos técnicos, no están solo determinados por las condiciones de su empleo; ellos están también determinados por el objeto de su actividad, por los problemas teóricos, técnicos, sociales y políticos que les plantea su propia actividad, por las comparaciones que no dejan de hacer, en su propio trabajos, entre la realidad misma que tienen por misión estudiar, entre el conocimiento que ellos producen y las decisiones políticas, sociales o económicas escandalosas o irrisorias de las que son testigos.

Aún en los sectores más contaminados por el positivismo y la ideología, los más dependientes de los demandas de la industria privada (como cierto sector de los técnicos de “adaptación humana” como la psicología industrial psicotécnica y la psicología social), numerosos investigadores tienen la experiencia de la realidad en la contradicción de su situación y esperan

que se les ofrezcan otras perspectivas. Lo que es verdad respecto de aquellos técnicos lo es *a fortiori* respecto de investigadores y técnicos más independientes de la demanda inmediata en relación con las fuerzas organizacionales o ideológicas de la explotación capitalista, es decir en relación más directa con las fuerzas productivas mismas. Eso vale con mayor razón para los universitarios o los científicos en sus mismas investigaciones, que dependen de las ciencias de la naturaleza, de las ciencias del hombre y de la filosofía.

El resultado de las transformaciones que se acaban de describir esquemáticamente puede expresarse de la siguiente manera: asistimos a una modificación cualitativa importante en los sectores claves de la actividad intelectual, a un aumento considerable del personal de investigación y de aplicación técnica en toda una serie de sectores, no solamente en el sector de la producción industrial, sino también en el sector universitario y en el sector de las administraciones públicas. Cada vez más la sociedad capitalista requiere investigadores y técnicos más y más numerosos. Y la misma sociedad que trata de imponer a los mencionados investigadores y técnicos sus propios demandas y objetivos, que trata de limitar sus actividades al campo estrecho en el cual ella quiere especializarlos, no puede impedir a esos investigadores y a esos técnicos, que son trabajadores muy a menudo explotados, tomar conciencia del rol que se les quiere hacer jugar, adquirir el conocimiento directo de los mecanismos de la vida económica y social del país, de la explotación de los trabajadores, de la arbitrariedad de los monopolios y del sacrificio del interés de los trabajadores en provecho de los intereses de los trusts.

Atrapados en esa contradicción, estos trabajadores intelectuales buscan cada vez más una perspectiva distinta del horizonte limitado de la sociedad capitalista y de sus políticas de explotación, de su neocolonialismo; buscan principios teóricos distintos de los que los “genios” oficiales de la economía, de la tecnocracia, del neocolonialismo y de la política pueden ofrecerles. Cada vez más, ellos esperan del marxismo no sólo perspectivas políticas y sociales, sino también luces sobre el objeto mismo de su actividad, sobre la sociedad en la cual viven y sobre los problemas de sus investigaciones.

La juventud estudiantil, cuyos efectivos crecen en número, refleja profundamente las contradicciones de esta situación y las exigencias de sus mayores. Sería un error equivocarse sobre los motivos profundos que animan a esa juventud, y considerar a esta juventud

estudiantil, como se nos quiere hacer creer, ‘pasiva’ y desencantada, o únicamente preocupada de su carrera material. En todos los dominios de la actividad universitaria y estudiantil, trátase de las ciencias del lenguaje o de las ciencias del hombre, y hasta en los sectores tradicionalmente impregnados de idealismo, como las letras, la historia o la filosofía se abren paso: exigencias de inteligencia y de rigor científico, inseparables de la lucha por el advenimiento de una organización social distinta, en la que encuentren realizadas las condiciones de un verdadero trabajo y de una verdadera creación intelectual.

Si se ha hablado sobre todo de los trabajadores intelectuales de la ciencia y de la técnica, no es para guardar silencio sobre los trabajadores del espectáculo y de las artes, sobre los escritores y artistas. Es para poner el acento sobre los cambios sin precedentes que afectan actualmente de manera masiva el sector de los trabajadores de la ciencia y de la técnica, y también por otra razón, de la que se tratará más adelante, que concierne al rol estratégico desempeñado en la cultura por los trabajadores intelectuales que están en el corazón mismo de la producción del conocimiento o en relación directa o indirecta con ella.

Se puede terminar estas consideraciones sobre la coyuntura actual, diciendo que las exigencias, esperas expectativas y demandas que se puede observar en la mayoría de los trabajadores intelectuales, exigencias que no dejarán de crecer, cargan al Partido con una gran responsabilidad histórica. Pues es a los comunistas que se dirige esta demanda, tácita (cada vez mayor) o explícita. Es de los comunistas de quienes estos trabajadores esperan respuestas, respuestas a sus preocupaciones políticas y sociales, respuestas a sus cuestiones teóricas. Frustrar esta expectativa sería una falta grave: responder a esa expectativa daría al Partido una audiencia y una influencia decisivas sobre la orientación de estos trabajadores intelectuales. Y eso sería, como se lo va a ver, no sólo un beneficio provisorio, sino un beneficio durable, que es importante en primer lugar para nuestras propias perspectivas, y que nos permitirá armarnos de medios indispensables para nuestra misión. Hay que tomarse el tiempo para reflexionar, pero no hay que perder tiempo. Pues lo que está en juego en esta cuestión sobrepasa de lejos la ocasión de la actual coyuntura.

2/ **El porvenir.** Si uno de nuestros principios fundamentales es el rechazo de todo oportunismo, el rechazo a “sacrificar los intereses del porvenir” por los “intereses inmediatos” (Marx), debemos tomar conciencia de la necesidad absoluta de convencer y de comprometer al

lado de la clase obrera al máximo de las fuerzas intelectuales, al más grande número posible de los trabajadores intelectuales de nuestro país. El desarrollo de las fuerzas productivas, del cual somos testigos, el desarrollo aún mayor de las fuerzas productivas en el porvenir de una democracia renovada y de una república socialista, multiplica y multiplicará el número, la complejidad y la importancia de los problemas teóricos y técnicos a resolver, no sólo en el dominio de las ciencias de la naturaleza, sino también en el plano de las ciencias del hombre y en el campo de la actividad económica, política, ideológica y estética. Para afrontar el porvenir, el Partido necesita el mayor número posible de teóricos, de sabios, de técnicos, de ideólogos y de artistas, necesitará a los mejores entre ellos; debemos desde ahora pensar en el momento en que entremos en la construcción del socialismo, y en los problemas de infinita complejidad que tendremos que resolver, pues nosotros tendremos entonces la responsabilidad total; debemos pensar en ello desde ahora pues la experiencia prueba que se necesitan años, si no decenas de años, para formar un especialista de la teoría, de las diferentes ciencias, de todas las ramas de la actividad humana una “intelligentsia” a la altura de la construcción del socialismo; para formar especialistas de la teoría, de las diferentes ciencias, de todas las ramas de la actividad humana, comprendido en ello hombres capaces de comunicar la verdad en la creación literaria y artística. La historia viene hoy día ante nosotros con la misma demanda que nos es dirigida por la mayoría de los trabajadores intelectuales, sobre todo en la juventud. Al aceptar responder hoy esta demanda que hunde sus raíces en las transformaciones de la historia misma, nos prepararemos para ese porvenir, nos daremos y daremos al país hombres preparados en el dominio de su especialidad para afrontar su tarea histórica.

II – Principios teóricos de una política

¿Cómo responder a la demanda que se dirige a nosotros y que nos interesa al máximo?

Está claro que no sabríamos responder por una simple respuesta inmediata, coyuntural. Debemos responder a ella con una respuesta que tenga en cuenta los antecedentes de la coyuntura presente, pero que sea fundada en última instancia, y sin ninguna concesión a las tentaciones pragmatistas sean del oportunismo, sean del dogmatismo, sobre nuestros propios principios. Para definir la política del Partido respecto de los trabajadores intelectuales, hay que tener en cuenta:

1. La necesidad imperiosa de definir esa política en el marco de la ley de evolución general del modo capitalista, de sus contradicciones de clase fundamentales y de su paso al socialismo.
2. La situación y el rol exacto de los trabajadores intelectuales en la estructura de la sociedad capitalista actualmente existente y en la sociedad del porvenir, la sociedad socialista.
3. El doble carácter del trabajo intelectual que por una parte está determinado por las condiciones materiales y sociales en las cuales se ejerce, y por otra parte se caracteriza por la naturaleza particular del objeto al cual se aplica, lo que, en la división del trabajo, hace de su actividad lo que ella es, es decir, una actividad intelectual, que se ejerce directa o indirectamente sobre ideas, y, en última instancia, sobre conocimientos.
4. La especificidad de las diferentes actividades intelectuales, la que depende de la especificidad de su objeto y del modo de producción de su objeto. Para ello es necesario concebir de manera rigurosa cuál es el objeto del conocimiento filosófico, cuál es el objeto del conocimiento científico en sus diferentes dominios (ciencias de la naturaleza, ciencias del hombre), cuál es el objeto de la actividad técnica, cuál es el objeto de la actividad ideológica, cuál es el objeto de la actividad estética, etc. El conocimiento de estas distinciones específicas no es posible sino bajo la condición de conocer al mismo tiempo tan rigurosamente como sea posible las relaciones dialéctica existentes entre esos diferentes objetos específicos, la unidad de articulación existente entre esos diferentes objetos, entre esas diferentes actividades, la interdependencia que los une entre ellos, que cimienta la jerarquía de determinación y de indeterminación existente entre esos diferentes objetos y esas diferentes actividades, y en último análisis bajo la condición de conocer bien cuáles son en ese conjunto de objetos y de actividades los objetos y las actividades determinantes en última instancia, cuáles son aquellos que, en última instancia, determinan el desarrollo de todos los otros.

Basta examinar estas cuatro condiciones para ver que las dos primeras dependen propiamente del materialismo histórico, y que la última depende del materialismo dialéctico.

La tercera condición depende, para la primera parte (las condiciones sociales) del materialismo histórico, para la segunda (naturaleza de la actividad intelectual) del materialismo dialéctico.

La enumeración de estas cuatro condiciones es de primerísima importancia para permitir definir bien, sin olvidar ninguna, las condiciones de una política de principios respecto de los trabajadores intelectuales.

Está claro en particular que una política que se preocupara exclusivamente de las condiciones intelectuales (punto 4), sin considerar las condiciones históricas y sociales (1, 2 y primera parte del 3) en las cuales se ejerce la actividad de los trabajadores intelectuales, sería una política parcial, y en el fondo idealista. Es claro por el contrario que una política que se preocupara exclusivamente de las condiciones materiales y sociales de la actividad de los trabajadores intelectuales, sin considerar la especificidad de su objeto, sería una política parcial, y en el fondo pragmatista. Una política de principios debe considerar el conjunto de los caracteres propios de la actividad de los trabajadores intelectuales, sin descuidar ninguno; debe dar una perspectiva y una solución a cada una de las condiciones de la actividad de los trabajadores intelectuales.

De la misma manera, una política que considere el objeto de la actividad intelectual sin tomar en consideración las diferencias específicas que caracterizan los distintos géneros de objetos de la actividad intelectual y, por sobre todo, sin tomar en consideración la jerarquía de determinación, en última instancia la determinación que rige las relaciones entre los objetos y las actividades intelectuales, sería también una política parcial y confusa, y conduciría a graves malentendidos y a graves fracasos. Se insiste en este último punto, pues es una tradición bien establecida en la historia del movimiento obrero francés, ya señalada por Marx, y que coloca de buen grado las actividades literarias y artísticas en el primer plano de las actividades intelectuales. La política seguida hasta aquí por el Partido francés ha -en cierta medida y a veces en una amplia medida- mantenido este malentendido. Cuando se habla de cultura, es indispensable saber que el núcleo determinante de toda cultura está constituido, en última instancia, por los conocimientos, y no, cualesquiera que sean su importancia y su irradiación, por la actividad estética. Es indispensable de la misma manera saber que la forma determinante, en última instancia, de difusión de la cultura está constituida no por las formas

más visibles y aparentemente más eficaces (eso que los sociólogos culturalistas norteamericanos llaman los mass media, los medios de comunicación de masas, cine, radio, televisión, etc.), sino por la enseñanza escolar, por la escuela y por las formas de enseñanza posterior que traen conocimientos. El conocimiento de la jerarquía de los objetos intelectuales y de las actividades intelectuales, hasta en las formas concretas de su existencia, es una cuestión previa determinante de toda política en el dominio intelectual.

Dicho esto, y bajo la reserva estricta de estas exigencias, se puede agrupar en dos niveles las acciones a emprender en el dominio de los trabajadores intelectuales.

1. Una acción que, en el cuadro de la lucha y de las perspectivas económicas, sociales y políticas, tenga por objeto la defensa y la transformación de las condiciones materiales, sociales, jurídicas, políticas e ideológicas de la actividad de las diferentes capas de trabajadores intelectuales. En ese sentido es que va la acción emprendida por el Partido por una verdadera reforma democrática de la enseñanza, por la defensa y el desarrollo de una investigación científica liberada de la tutela de los trust, por la defensa de los técnicos y de los ingenieros, por la reforma de las condiciones del ejercicio de la medicina, por la defensa y la organización del trabajo de los artistas y de los escritores; es en ese mismo sentido que iba la definición, obra de los comunistas, del estatuto de la función pública. El Partido proseguirá en ese camino, que está de hace tiempo trazado, y comprometerá más adelante sus fuerzas para convencer, captar y ayudar a organizarse a los trabajadores intelectuales de las diferentes especialidades.
2. Una acción que concierne no ya a las condiciones sino al objeto propio de las diferentes actividades intelectuales, y que toma en cuenta a la vez las formas específicas diferenciales que distinguen los objetos de las diferentes actividades intelectuales, y de la jerarquía esencial que las rige. Esta segunda sección es de muy grande importancia por dos razones.

Primero porque ella responde directamente a la demanda de conocimiento y de formación que nos llega grandes capas intelectuales honestas, y que esta demanda se asienta sobre el objeto mismo de la actividad intelectual. Todos estos economistas, sociólogos, psicosociólogos, agrónomos, demógrafos, filósofos, historiadores, historiadores de las ciencias, del arte y de la

literatura, todos estos técnicos e ingenieros, todos estos sabios de las ciencias de la naturaleza, tienen necesidad del marxismo, sea del materialismo histórico, sea del materialismo dialéctico y muy frecuentemente de los dos, para ayudarlos no sólo a pensar su rol y su lugar en la sociedad presente y en la sociedad socialista del porvenir, sino también a pensar de manera distinta del empirismo y el positivismo, en su propia actividad intelectual, y muy frecuentemente en sus propios problemas teóricos.

Esta segunda acción es igualmente muy importante por otra razón: porque pesa sobre ella el recuerdo de un pasado en que el dogmatismo del período del culto imponía a estas preguntas respuestas desprovistas de fundamento científico, respuestas imperativas y arbitrarias, sin consideración de las condiciones reales de la investigación científica y del desarrollo de la actividad científica, ideológica y estética. Las respuestas entonces impuestas eran respuestas apresuradas de carácter pragmatistas, que apuntaban a subordinar tal o cual actividad intelectual únicamente a los objetivos políticos inmediatos, ligándolos todos a la lucha de clases, tratando a la ciencia y al arte como puras y simples producciones ideológicas, sin considerar el carácter específico de su objeto, y las condiciones indispensables para la práctica científica, técnica y estética, en particular para la libertad de investigación – sin buscar organizar concretamente esta libertad de investigación, sin incluso reconocer el deber elemental de toda práctica teórica, científica y estética de desarrollarse, de producir conocimientos y obras nuevas. Por estas dos razones, de las cuales la segunda se relaciona con el pasado, y la primera con el presente y con el porvenir, es de primera importancia, desarrollar esta segunda acción con rigor y prudencia, exactamente con una prudencia rigurosa por ser fundada científicamente.

Pero por eso, somos remitidos a una condición previa fundamental, que concierne al Partido mismo y a todos los comunistas.

III – La condición previa absoluta

Al hablar de condición previa, no se entiende que se sugiere un orden de sucesión cronológica, como si hubiera que esperar que esta condición sea reglada y que ella haya producido sus efectos, para pasar a las dos formas de acción más arriba definidas. Se trata de una condición previa desde el punto de vista de los principios mismos; ella será reglada al mismo tiempo que se desarrollen las acciones de que se acaba de hablar. Al decir que ella es previa, se quiere decir

que, desde el punto de vista de los principios, y por consiguiente de la realidad, ella es la condición determinante en última instancia, teórica y estratégicamente.

Muy esquemáticamente, se puede formular esta condición de la manera siguiente: para responder a las expectativas y demandas de la coyuntura, es indispensable que los mismos comunistas estén en estado de formular las verdaderas respuestas, las respuestas científicas requeridas por la situación y por nuestras perspectivas. Hemos visto que para definir científicamente las características de las condiciones de la actividad de los trabajadores intelectuales, y de la naturaleza del objeto de su trabajo, debíamos recurrir necesariamente al materialismo dialéctico y al materialismo histórico.

Todo depende, en última instancia del estado y del desarrollo de nuestros conocimientos en el dominio del materialismo histórico y del materialismo dialéctico.

Ahora bien, debemos constatar que en lo que concierne a los problemas materias de discusión en la actividad de los trabajadores intelectuales en estos dominios, y ante todo en el dominio del materialismo dialéctico (o filosofía marxista), los conocimientos de que disponemos no están a la altura ni de nuestras necesidades actuales, ni de las necesidades del porvenir. Lenin mostró bien que Marx había colocado las “piedras angulares” (*Eskesteine*) de la teoría, las piedras angulares solamente, decía él (*Obras*, tomo IV, p. 217-218), y estos nos impone el deber absoluto de desarrollar esas disciplinas, de las cuales depende todo.

No se trata de entregarse al juego de las recriminaciones, ni de sacar las cuentas del pasado; no se trata ya más de acicalar la realidad, bajo el pretexto sea de entregar a nuestros adversarios argumentos, sea de tener en cuenta dificultades de hecho. Se trata de plantear el problema en toda su amplitud y en todo su rigor sobre la base de nuestros principios; de definir una posición científica y de extraer de ella las consecuencias sin tardar en emplear los métodos convenientes, sin ofender, sino llamando a todos los camaradas interesados en reconocer la necesidad teórica y política de nuestros propios principios.

Para poder responder a las expectativas y demandas presentes y más allá de ellas a nuestras responsabilidades históricas, debemos tener ideas claras a llevar a cabo en el Partido mismo para asegurar bien la condición previa que de que depende en última instancia el éxito de nuestra política en los trabajadores intelectuales.

1 / Es en primer lugar indispensable poner en su verdadero lugar la teoría y la actividad teórica en el Partido mismo. Hay que introducir de forma absoluta, no sólo en los textos, sino también en práctica, una distinción fundamental entre la teoría y la ideología, entre actividad teórica y la lucha ideológica (cf. mi artículo “Problemas estudiantiles”, *Nowelle Critique*, enero 1964, p. 102-103). Se confunde demasiado generalmente la actividad teórica y la actividad ideológica en un único y gran tema, el de “lucha ideológica”. Es un error. La lucha ideológica, en su principio, es una lucha en el dominio ideológico (que en los diferentes sectores que lo componen, constituye un dominio objetivo, un nivel específico determinado de una formación social), y que es siempre parcialmente una lucha llevada cabo por medio de argumentos ideológicos, que son entonces para nosotros la aplicación en el plano ideológico de los principios de la teoría. Para los marxistas la teoría es una cosa: es el dominio del materialismo histórico y del materialismo dialéctico, dos disciplinas radicalmente nuevas fundadas por Marx. La ideología es otra cosa: no es una ciencia, un conocimiento, sino algo del todo diferente: una formación de imágenes, de juicios de valor, en los cuales las clases sociales y los individuos viven sus relaciones con sus condiciones de existencia. Hay una existencia objetiva y relativamente autónoma de la ideología, de las ideologías. Cuando nosotros llevamos a cabo la “lucha ideológica”, nos batimos en ese plano, por ejemplo en el plano de la ideología política, de las convicciones y de las representaciones en las cuales viven los hombres, desconociendo sus relaciones con sus condiciones objetivas de existencia. Es la posesión del materialismo histórico lo que nos da el conocimiento objetivo del dominio real (económico, político) al cual la ideología política hace referencia y obstaculiza; es este conocimiento lo que nos permite llevar correctamente la lucha ideológica en el dominio ideológico, desarrollar argumentos justos, argumentos que respondan a los argumentos que se nos oponen, argumentos que toman a los hombres allí donde están, para hacerlos avanzar. En la lucha ideológica, aplicamos nuestros conocimientos científicos al dominio en el cual luchamos; nos apoyamos sobre nuestra teoría pero no hacemos un curso exhaustivo de teoría; no exhibimos el conjunto integral de las demostraciones científicas que Marx desarrolló para llegar a resultados científicos. Partimos de esos resultados y los aplicamos. De esta manera es cómo transformamos objetivamente la ideología en la cual luchamos, exactamente como la aplicación y la difusión de las ideas y de los resultados del análisis teórico de Marx ha permitido la transformación de la ideología “espontánea” de la clase obrera que era muy distinta de la

“marxista”, y que hay que ganar continuamente, aún ahora, y que habrá más tarde que hacerlo, en un régimen socialista, ganar todavía para las ideas marxistas.

Es capital distinguir bien la actividad o lucha en el campo ideológico, la difusión y la aplicación de nuestras ideas científicas en el dominio ideológico por una parte, de la teoría y de la actividad teórica por otra parte, exactamente como hay que distinguir la aplicación de los resultados de una ciencia de la ciencia misma.

Esta distinción es indispensable para reconocer la especificidad y las exigencias propias de la ciencia, de la teoría, y en particular para no arriesgar tomar, como se puede estar tentado de tomar en una concepción pragmatista de la lucha ideológica, los resultados de la teoría por la teoría misma, la lucha por la aplicación de la teoría con la vida, el desarrollo de la teoría misma. Marx desarrolló una larga lucha política e ideológica en Alemania y en la historia del movimiento obrero, pero no confundió nunca esta práctica política e ideológica con la práctica teórica que le permitió escribir *El Capital*. Hay una especificidad de la actividad y de la práctica teórica que produce conocimientos (nuevos), utilizando medios específicos. No es por los medios de la lucha política e ideológica, sino por procedimientos de análisis científicos determinados, irremplazables, que Marx ha producido los conocimientos nuevos de los cuales depende nuestra acción. No cabe ninguna duda que la experiencia adquirida por Marx en la lucha política e ideológica mantiene una profunda relación con sus descubrimientos científicos: pero estos descubrimientos no han podido ser producidos y demostrados sino por una práctica teórica específica, que posee su autonomía, sus reglas, sus normas y sus métodos propios. Se considera demasiado a menudo que la “práctica social de la humanidad” produce por su simple repetición y su desarrollo espontáneo los conocimientos científicos. Nada es más falso. En realidad, los conocimientos científicos son producidos sobre la base de la conjunción orgánica de las diferentes prácticas, con formaciones ideológicas determinadas, por una práctica específica, por lo demás distinta según las ciencias consideradas. Esta práctica científica o teórica reposa sobre la base de todas las otras prácticas, que son ellas mismas igualmente distintas (la práctica económica, que es la fundamental, la práctica política y la práctica ideológica) – pero ella reposa sobre su base como práctica específica, distintas de las otras prácticas. Esta distinción puede y debe constituir el objeto de un estudio científico, dependiente del materialismo dialéctico.

He comenzado a estudiar esta distinción en un artículo en *La Pensée* (nº110)², donde precisamente, con este fin, he introducido la expresión de “práctica teórica”. Que me haya encontrado en la necesidad de crear esta expresión, indispensable para pensar una distinción esencial, que se encuentra de hecho en cada paso del pensamiento de Marx y de Lenin, prueba que esta distinción no era reconocida como distinción en el uso corriente, que, al contrario, consagraba, como se puede ver un poco por todas partes, la confusión entre las distintas prácticas reunidas bajo la fórmula general y no discriminante –y que podía prestarse a interpretaciones idealistas (cf. Bogdanov, Sartre y Merleau-Ponty)- de “práctica social”.

Reconocer la especificidad de la teoría y de la práctica teórica tiene grandes consecuencias, como lo es igualmente el desconocimiento de esta especificidad. Pues reconocer la existencia y la especificidad de la práctica teórica, en su distinción con las otras prácticas, y en particular la práctica ideológica (“lucha ideológica”), es necesariamente sacar las conclusiones de este reconocimiento.

De partida hay que reconocer las condiciones propias de la práctica teórica, las condiciones de la vida de una teoría (de una ciencia), las condiciones de la producción teórica.

Luego es necesario reconocer la necesidad absoluta para la teoría de desarrollarse sin fin, y de enriquecerse por los nuevos descubrimientos. Se puede juzgar del estado de una teoría o de una ciencia de este modo: cuando ella deja de producir conocimientos nuevos, descubrimientos, ella está muerta, no es ya una teoría o una ciencia, ella está enterrada con o sin flores. Es suficiente plantear la cuestión “¿cuáles son los descubrimientos hechos después de Lenin en el materialismo dialéctico?” para juzgar el estado de esta disciplina. Una ciencia por tanto no vive sino planteando y resolviendo problemas, cada problema resuelto abre un campo de problemas nuevos a resolver, después de haberlos planteado. Basta decir que en el materialismo dialéctico nosotros nos hemos quedado en los trabajos de Lenin, para medir sin ambigüedades el estado en donde estamos en este dominio, y nuestros deberes absolutamente imperiosos y urgentes.

Reconocer la especificidad de la práctica teórica es en fin reconocer la especificidad de sus condiciones de ejercicio, las condiciones de la producción teórica y científica. Como toda producción, la producción teórica tiene necesidad de una materia prima (las otras prácticas y su

² Althusser se refiere aquí a su artículo “Sur la dialectique matérialiste (De l'inégalité des origines)”.

propio dominio se las ofrecen continuamente) y de medios de producción específicos: medios materiales, materiales técnicos, conocimientos múltiples, informaciones, documentación innumerable. Para que una ciencia o teoría viva, es necesario que disponga de estos medios, es necesario entonces colocarlos a su disposición.

Además, para vivir, una teoría o ciencia que debe desarrollarse, debe tomar necesariamente la forma de una investigación científica. Toda investigación comporta riesgos de ensayos y errores, necesarios a la producción de los conocimientos. Es necesario entonces que existan las condiciones materiales, políticas y morales, de una verdadera libertad de investigación. Es necesario en fin, puesto que todo trabajo intelectual es cada vez más, e igualmente para nosotros, un trabajo de carácter colectivo, de las condiciones de discusión y de confrontación científicas públicas, en donde los diferentes grupos de investigadores pudieran hacer conocer el estado de las investigaciones que ellos han emprendido: los coloquios, revistas, y las publicaciones especializadas. Sobre la cuestión de la organización del trabajo colectivo, es necesario observar una cierta prudencia y no querer reglar desde arriba todas las formas y todos los grupos de investigación, fijarles objetivos únicos, sino darles medios de confrontación colectivos y públicos a los grupos, que pueden, según una división del trabajo en parte espontánea y fundada sobre la experiencia, trabajar de manera relativamente independiente de otros grupos. El conjunto de estas condiciones debe naturalmente dar lugar a medidas prácticas de las que se tratará en Anexo.

2/ No basta colocar la teoría en su verdadero lugar, y reconocer su verdadera naturaleza. Es necesario aun sacar las consecuencias de la distinción específica que existe para los marxistas entre los dos dominios de la teoría: el dominio del materialismo dialéctico y el dominio del materialismo histórico. Para sacar las consecuencias es necesario tener una idea justa de la naturaleza de estas dos disciplinas y de su relación.

La cuestión esencial concierne aquí al estatuto del materialismo dialéctico o filosofía marxista. Se puede en efecto considerar que el materialismo histórico está en sus rasgos esenciales, relativamente bien definido, en la práctica corriente, como la ciencia de la estructura y del desarrollo de las formaciones sociales; desde este punto de vista el materialismo histórico es una ciencia, al mismo título que otras ciencias, y plantea los mismos problemas epistemológicos, debe desarrollarse en su propio dominio. Al contrario, el materialismo

dialéctico está lejos de estar igualmente definido y de presentar el carácter de rigor científico (demostrativo) de desarrollo y de fecundidad que se le debe exigir. En este dominio, un inmenso trabajo de investigación teórica debe realizarse, y con toda urgencia.

En efecto, es del materialismo dialéctico que depende la solución de la mayor parte de las cuestiones teóricas fundamentales, que condicionan la solución de las cuestiones teóricas pendientes en numerosas disciplinas, en particular en el dominio todavía incierto y frecuentemente ideológico de las ciencias humanas. Para tomar algunos ejemplos precisos, la psicología, la sociología y en general las ciencias humanas en vía de constitución, tienen necesidad de plantear la cuestión teórica de la definición y de la localización propia de sus objetos, y de la validez de sus métodos – y es de una epistemología histórica (del materialismo dialéctico) que depende en gran parte la posición rigurosa del problema de sus objetos y de sus métodos. De la misma manera, es del materialismo dialéctico que depende la constitución de una estética materialista, que hace falta cruelmente en la coyuntura presente, y que solo ella permitirá a los críticos literarios, a los críticos de cine y de teatro, a los críticos de arte por una parte, a los artistas por otra, remitirse a los principios científicos que son el fundamento mismo de su actividad. El eclecticismo polivalente que reina actualmente en el dominio estético en muchas de nuestras revistas, semanarios y publicaciones, no es satisfactorio; aunque presenta esta ventaja de romper con el dogmatismo pasado, representa a su manera lo que se podría llamar un pragmatismo del eclecticismo, incapaz de dar al público consumidor de obras de arte principios de comprensión y perspectivas teóricas justas y profundas.

De la misma manera, es del desarrollo del materialismo dialéctico que depende la transformación de la actitud de la mayor parte de los investigadores de las ciencias de la naturaleza y de las matemáticas: los esquemas que podemos actualmente ofrecerles son en este punto inadecuados al objeto de su práctica real, cuestión que no puede sino fortalecerlos en su escepticismo natural frente a la filosofía, es decir en su tentación positivista. Este positivismo latente no deja de tener consecuencias, como se puede ver en la división de la investigación por una parte, en la concepción que engendra en cuanto se trata de la relación de las diferentes ciencias entre ellas, y en las aplicaciones pedagógicas que ocasionan (*cf.* “Problèmes étudiants”, *Nouvelle Critique*, enero 1964, p. 89). En el dominio de las ciencias de la naturaleza, se puede también decir que estamos casi en un estado anterior a las intervenciones de Lenin (*Materialismo y empiriocriticismo*). Numerosos camaradas científicos no conciben la necesidad ni el objeto de la

filosofía marxista como disciplina específica, o se hacen de ella una idea muy vaga. Del materialismo dialéctico en fin depende en gran parte el desarrollo del materialismo histórico mismo y de todas las disciplinas que le están ligadas, para hacer frente a los inmensos problemas económicos, políticos e ideológicos -de los cuales algunos son inéditos- que nos plantea el presente periodo histórico.

Marx no tuvo el tiempo de desarrollar el materialismo dialéctico, Engels y Lenin lo han desarrollado solamente en la medida de las necesidades de la lucha ideológica que les era impuestas por las iniciativas revisionistas de su tiempo. Es absolutamente vital desarrollar el materialismo dialéctico por sí mismo, para captarle la audiencia inmensa que merece en todos los dominios que están en relación con él, y ante todo en el dominio de la filosofía. Pero es igualmente indispensable desarrollar el materialismo dialéctico para hacerle pasar de formulaciones todavía tomadas de elementos de la ideología filosófica (por ejemplo de la ideología hegeliana) a formulaciones que le sean propias, darle su forma científica positiva específica. Es el único medio de armarnos teóricamente para distinguir los verdaderos conocimientos de los pseudo-científicos (ideológicos), para permitirnos identificar, reconocer, allí donde existan (en los sabios auténticamente innovadores, declárense o no marxistas) las tentativas y los descubrimientos científicamente fecundos (*cf.* Por ejemplo el artículo de P. Macherey sobre G. Canguilhem en *La Pensée* n°113³, y mi artículo sobre Freud y Lacan en *La nouvelle Critique* de enero de 1965).

Es igualmente el único medio para afrontar en el mismo materialismo histórico los problemas nuevos que nos son planteados por la práctica y la realidad política de nuestro tiempo (problemas de la lucha contra el imperialismo, de transición de los países ex-coloniales hacia el socialismo en todas las formas económicas y políticas requeridas). El desarrollo del materialismo dialéctico no es una pura lucha intelectual, es en numerosos dominios, incluido el dominio económico y político, la condición teórica previa a la solución de los problemas nuevos que nos son planteados por la transformación de nuestro mundo, la crisis del imperialismo, y el paso al socialismo.

³ El artículo de Pierre Macherey lleva por título: “La filosofía de la ciencia de George Canguilhem: epistemología e historia de las ciencias”.

Distinguir con precisión y rigor la especificidad del materialismo dialéctico, del cual Lenin ha demostrado que podía y debía jugar un rol determinante en la constitución, la existencia y el desarrollo de las ciencias y en la crítica de todos los elementos ideológicos (que las asedian y desvían de su naturaleza auténtica), es entonces una tarea teórica fundamental.

Se ve pues que no se trata solamente, como se ha lo mostrado en el punto precedente, de distinguir bien por nuestra propia cuenta la teoría y la actividad teórica de la actividad y de la lucha ideológica, sino también, en el interior del dominio que constituye la teoría del marxismo, para poder desarrollarla, de distinguir bien la naturaleza y el rol específico del materialismo histórico por una parte, y del materialismo por otra parte, y la función específica, absolutamente irremplazable del materialismo dialéctico. La conciencia rigurosa de estas distinciones es la condición previa de todas las medidas a tomar para comprometer la teoría marxista (bajo sus dos aspectos) en el gran desarrollo absolutamente indispensable, como algo previo, a la realización de nuestros objetivos, sean inmediatos, sean de corto, medio y largo plazo.

Debemos convencernos que la demanda teórica que se dirige a nosotros, sea de manera latente, sea de manera explícita, procedente de los trabajadores intelectuales que nos rodean, es una demanda teórica que se dirige a nosotros desde el seno mismo del Partido en tanto Partido, y que debemos a ello responder, no solamente para responder a aquellos que no están aún en el Partido, sino también y ante todo, por razones teóricas y prácticas de principio, para responder a las necesidades que los comunistas experimentan ellos mismos como comunistas, para que su conciencia y su actividad teórica estén a la altura de las necesidades históricas, y de la misión del Partido como tal.

El eslabón decisivo para el desarrollo de nuestra acción intelectual y teórica en el dominio de los trabajadores intelectuales está entonces constituida por el desarrollo, en el seno del Partido, de la formación teórica, por el estudio sistemático del materialismo histórico y del materialismo dialéctico, por el estudio de su distinción específica, formación destinada al desarrollo indispensable y urgente de la teoría y de la investigación teórica, en el dominio del materialismo histórico y dialéctico.

IV- La responsabilidad propia del partido

Todo lo que acaba de ser dicho puede ser dicho y comprendido por un número de comunistas tomados individualmente. Pero estas cuestiones no son propiedad individual de los miembros del Partido, tomados individualmente. Ellos dependen de la responsabilidad del Partido en tanto que tal. Compete al Partido tomar públicamente todas las medidas necesarias para hacer frente a las necesidades imperiosas que nos trazan la vía, justificar las medidas necesarias fundándolas sobre un análisis teórico de principio, que hace absolutamente claras y evidentes a todos los comunistas las razones de principio que comandan estas medidas. Quiero decir que no es suficiente tomar medidas prácticas, es necesario también, para escapar del pragmatismo, justificarlas teóricamente y exponer públicamente sus justificaciones teóricas. El mejor medio de desarrollo de la actividad teórica es que el Partido dé él mismo el primer ejemplo, fundando explícitamente, sobre razones teóricas demostrativas, las medidas prácticas que va ser llevado a tomar.

Estas declaraciones de principio, esta justificación, no interesan por otra parte solamente a los comunistas, sino igualmente y en primer lugar a todos los trabajadores que nos rodean, y a quienes debemos dar estas razones de principio irrefutables. De esa manera los convenceremos en los hechos, por nuestros actos, que no pretendemos solamente conducirlos bajo nuestras propias posiciones políticas por razones simplemente políticas, sino que nosotros somos también capaces de dirigirnos a su razón, haciendo a su propia experiencia y a sus propias exigencias racionales jueces de la validez de nuestros propios criterios y nuestras propias justificaciones, que deben en última instancia ser justificaciones teóricas accesibles a la razón de todo intelectual digno de ese nombre. De esa manera estamos seguros de echar las bases de una política teórica de largo alcance y de una gran fecundidad; De ese modo estamos seguros de estar verdaderamente a la altura de nuestras inmensas responsabilidades históricas.

Propongo entonces que una vez estudiadas a fondo todas las razones de principio, que una vez elucidada la naturaleza misma de todas las condiciones en cuestión en esta perspectiva, el Partido publique un documento oficial, que se dirija a los miembros del Partido por una parte, y a todos los trabajadores intelectuales por otra parte, para exponerles públicamente sus razones de principio y las medidas que se derivan. Aparece más y más necesario desarrollar en detalle las tesis del XVII Congreso concernientes a los trabajadores intelectuales. Es necesario aprovechar esta ocasión, y dar al análisis y a la posición del Partido una expresión pública. Los resultados no se harán esperar.

V. Anexo

N.B. No hablaré en esta nota sino de los problemas de los cuales tengo un conocimiento suficiente para tratarlos. Ella no representa sino una contribución limitada al examen del conjunto de las medidas prácticas aconsejables.

1/ El problema de la formación teórica. Es indispensable desarrollar en el mismo Partido la formación teórica de los militantes, cualquiera que sea su especialidad, dando al término de formación teórica su especificidad. Esta formación teórica es sin duda en gran parte una tarea personal que incumbe a todos los militantes comunistas, que en este sentido deben todos ser considerados como intelectuales, pero el Partido debe ayudar de manera decisiva a esta formación, no solamente en sus diferentes escuelas (ignoro como esta formación es practicada teórica allí, y si deberían tomarse o no medidas de mejoría), sino también en las publicaciones de que dispone. La formación teórica deberá ser una tarea de todas las células, considerando que la formación teórica no puede limitarse al estudio de los documentos políticos del Partido, las células deben apoyarse también en el estudio de los textos teóricos de base. Si estos textos son demasiado arduos, es necesario prever manuales. Nos hace falta imperiosamente un manual de materialismo histórico y un manual de materialismo dialéctico. Se debería plantear, al nivel del mismo Partido, todos los problemas que tienen una relación directa e indirecta con la formación teórica.

2/ El problema del desarrollo de la teoría y de la investigación teórica. La primera medida indispensable es crear, definiéndolas, las condiciones mismas de la investigación teórica en el seno del Partido, definiendo la libertad científica de investigación y de expresión científica indispensable a la vida de toda ciencia; recordando sin cesar la exigencia de la investigación y del descubrimiento científico, sin las cuales nuestras disciplinas no sean sino ciencias muertas; definiendo como ellas lo merecen el lugar, la importancia y el rol de la práctica teórica y de la producción teórica. Las otras medidas se derivan de estos principios fundamentales.

Entre las más importantes, hay que señalar como medidas apremiantes:

- a) Un mejor empleo político de las capacidades de los intelectuales comunistas que, en su propia especialidad, son investigadores o pueden devenir investigadores – y de los

comunistas que pueden hacer progresar, por el estudio y la investigación, la teoría marxista. No se trata de descargar a estos camaradas de las tareas políticas y prácticas, sino de considerar el trabajo teórico que pueden realizar como una tarea de gran importancia política, al mismo título que otras tareas, estimular sus trabajos, y tomar las medidas necesarias para dejarles el tiempo necesario al estudio y a la investigación. Demasiados camaradas, sobre todo literatos y filósofos, han sacrificado a la acción política inmediata la elaboración de las obras teóricas que hoy nos hacen seriamente falta.

- b) Una mejor organización del CERM⁴, teniendo en consideración las condiciones en las cuales la investigación puede efectuarse. El CERM debe ofrecer a los investigadores los medios de trabajo necesarios (documentación científica marxista mundial, medios materiales de trabajo en número suficiente, por ejemplo servicio de roneo e impresión, magnetófono, etc.) y todos los medios de trabajo colectivo deseables (reuniones, coloquios). Hay que tener cuidado, sin embargo, de no caer en el dirigismo formal, aunque sea bien intencionado, y querer agrupar sistemáticamente en el CERM todas las fuerzas existentes. Hay que respetar los grupos de trabajo existentes fuera del CERM, y cuando existen, asegurar la relación entre ellos. Es necesario que el CERM continúe organizando a nivel nacional (ver internacional) los coloquios científicos sobre las cuestiones tocantes al materialismo histórico y al materialismo dialéctico, o sobre tal o cual cuestión científica importante, invitando a participar allí a los sabios de valor, sean o no comunistas.
- c) Parece indispensable dar a los investigadores marxistas un medio de expresión público, es decir una revista de teoría y de investigación marxista. Esta revista podría ser *La Pensée*, a condición de darle este nuevo objeto, correspondiente a la fase histórica que vivimos. Ella no debería ser más el órgano del “racionalismo moderno”, sino directamente la revista de teoría e investigación marxista, continuando entonces su antiguo esfuerzo en condiciones nuevas. Sería necesario, para darle este rol, modificar en consecuencia su comité director y su comité de redacción, y no temer hacer entrar especialistas marxistas de gran valor, igualmente si no están inscritos en el Partido (ejemplo Pierre Villar, C. Bettelheim, J. Le Goff, etc.). La cuestión de la revista es una

⁴ -Centro de Estudios y de Investigaciones Marxistas.

cuestión clave. Por supuesto, ella debe disponer de la libertad necesaria a la investigación, y no estar sometida a consideraciones exclusivamente y estrechamente coyunturales, en otros términos ella no debe estar reducida a la condición de una simple revista de lucha y esclarecimiento ideológico. Debe ser admitido en los hechos que la revista no es un medio de expresión directa de la línea política del Partido, que el Partido no es directamente responsable del detalle de todos los artículos de investigación teórica publicados, sino que la revista es una revista cuyo campo de actividad de investigación y de expresión está definido por las condiciones mismas de la investigación científica marxista – campo de actividad, de investigación y de expresión que supera necesariamente, sin hacer abstracción, las necesidades de la coyuntura política inmediata. Esta distinción debe estar claramente definida para evitar todos los malentendidos, e igualmente mantener la revista en su propio dominio.

El nuevo destino de *La Pensée* tendría por consecuencia natural la redefinición del objeto propio de la otra revista: *La Nouvelle Critique*. Se podría darle por objetivo una tarea crítica y de esclarecimiento en el dominio de la ideología y de la actualidad cultural, en sentido amplio, es decir el estudio y la discusión de los problemas de la actualidad planteados por el desarrollo de la situación en el dominio cultural en su conjunto, la crítica de las formas ideológicas en las cuales estos problemas son vividos y planteados por las diferentes capas de intelectuales. *La Nouvelle Critique* estaría así a cargo de todas las cuestiones concernientes a la lucha por el mejoramiento de las condiciones de la actividad de los intelectuales, y todas las cuestiones ideológicas (en todos los dominios: económico, político, filosófico, estético, etc.) que se plantean en la actualidad de la lucha. Para este segundo aspecto, la revista acusaría la relación con el dominio propio de la investigación, que sería atribuido a *La Pensée*. La definición del objeto propio a *La Nouvelle Critique* tendría ciertamente por consecuencia un mejoramiento de la revista, que ha hecho además, en este sentido, progresos notables en el curso de estos últimos años.

3/ El concurso de las ediciones. Parece igualmente indispensable colocar las ediciones del Partido (*Éditions sociales* en particular) a la altura de las tareas así definidas. Las *Éditions sociales* deberían en este sentido proponerse por misión:

- a) La publicación de los documentos de trabajo indispensables a los investigadores marxistas, en todos los dominios donde estas publicaciones sean irremplazables como instrumentos y medios de trabajo. Pienso por ejemplo que las *Éditions* tendrían todo el interés –y es también el interés del Partido- en publicar, haciéndoles preceder de un prefacio histórico detallado, documentos indispensables (y actualmente inencontrables) como los informes del Congreso de Tours (del cual ha aparecido recientemente un texto falsificado y amputado), los Congresos del Partido comunista de la URSS, digamos de 1917 a 1940, así como los informes de los Comités ejecutivos y de los Congresos de la Internacional durante toda la duración de su existencia. Esto no es sino una sugerencia que se podría naturalmente extender a otros dominios según las necesidades.
- b) La publicación de la traducción de toda una serie de obras marxistas de valor, aparecidas en el extranjero, sean ya antiguas (Mehring, Rosa Luxemburg, Gramsci, etc.), sean más recientes (Dobb, Thompson, Lukács, etc.). Todas estas medidas forman parte de un conjunto, fundado sobre consideraciones de principio esenciales. No puede ser cuestión de abandonarlos, en la medida que implican cuestiones de organización, teniendo por añadidura un alcance político, a la iniciativa de los individuos. Es el Partido mismo quien debe pensarlas y realizarlas, como las condiciones generales que permitirán a las iniciativas individuales desarrollarse largamente.

4/ *Recuerdo lo que ya he dicho en el análisis general.* Esta política general del Partido, así como las medidas prácticas más importantes, deberían ser objeto de una declaración pública del Partido, declaración que se dirigiría a todos los trabajadores intelectuales, sean o no miembros del Partido, interesados por el porvenir de sus propias condiciones de trabajo, y por el porvenir de su propia actividad intelectual. Esta declaración tendría una gran resonancia, y nuestra causa sacaría rápidamente un tremendo beneficio.

París, 25 de febrero de 1965